

poderosa intervención de algunos ministros del gobierno francés, y al apoyo de varios personajes que [Humboldt] encuentra en Madrid.» El hecho es que el amplio permiso obtenido para recorrer e investigar en las colonias americanas, estrictamente vetadas a los extranjeros, fue algo muy excepcional, de lo que él era muy consciente, y que dejó asombrada a la corte madrileña.

## II

Los movimientos expedicionarios constituían un fenómeno cultural de efectos complejos. El objetivo explícito era, en general, sin duda, el científico propiamente tal. Pero a la sombra de éste surgía toda una serie de efectos derivados, de mayor impacto social si cabe, a no muy largo plazo. Uno, obviamente, es el comercial. Las expediciones ponen en marcha nuevas rutas e intereses comerciales que imbrican a los más dispersos países y sociedades en toda una nueva dinámica de interrelación y conexión. Ello, por ejemplo, no dejaba de tener sus efectos en los mismos movimientos de emancipación política que se generaban en las colonias y, en este caso, explícitamente, en la América española. Si bien, por una suerte de paradoja, ya que, como comenta Humboldt en relación precisamente a la situación creada tras los movimientos emancipatorios en las colonias españolas, el comercio acaba por unir lo que la política separa. Tal dinámica sería en efecto una de las claves de la gran contradicción en la que quedaban atrapados los nuevos movimientos emancipatorios y revolucionarios de los que se nutre el siglo XIX –también en Europa. Pero hay otro efecto, en cierta manera, de mayor alcance, pues afecta a la configuración misma de la realidad y, más precisamente, a lo que es su estética, entendida ésta como la promoción y modelización de una nueva percepción de la naturaleza, y por ende de sus objetos, en el contexto de lo que son ya las nuevas sociedades de masas –término éste utilizado por el propio Humboldt. Las expediciones científicas contribuyen a este respecto, de modo decisivo, a configurar esta suerte de nueva objetualidad, favoreciendo y poniendo de relieve lo que podríamos llamar el virtualismo de la percepción, entendido esto en el sentido de que cualquiera, hasta el último individuo de la sociedad, como dice este gran observador que es Humboldt, puede llegar a afirmar «haber visto lo que imagina que otros habrán podido ver» (*Viaje*). En esta línea, los movimientos expedicionarios que se generan con el cambio de siglo y hasta bien entrado el siguiente, se dirigen hacia los más diversos objetivos, incluidos la ascensión en globo.

Estaban lejos ya los tiempos del *bon sauvage* y de la idea crítica de la *transoceanidad* del abate Raynal. Se planteaba ahora el puentear las distancias históricas y naturales. El esquema humboldtiano parecía ser el más adecuado a ello. Humboldt navegaba perfectamente con los tiempos. Era como la cara feliz, resplandeciente, de lo que sería el futuro bonapartismo. Humboldt era el *Hofdemokrat*, que venía a cambiar los modos picantes, e incluso soeces, de los salones cortesanos, por una apertura hacia la naturaleza saludable. No en el sentido pequeño burgués de un Rousseau, que confundía, e hizo confundir, sus paseos por los jardines suizos con lo primitivo de las islas del Pacífico, sino más bien con la naturaleza novelada por Saint-Pierre, que obligaba a salir en su búsqueda, introduciendo el sentido y el placer del riesgo. Algo sobre lo que insiste sutilmente el mismo Humboldt, al referirse con cierta frecuencia en sus relatos a su compañero y él como solos ante el peligro. Un giro éste que había encontrado su hagiografía en la muerte de Cook a manos de los *salvajes* de las islas de Sandwich, tal como la pinta un Zoffany, a la manera de la más grandiosa dramaticidad del neoclasicismo.

Mientras un telón de silencio caía sobre la expedición de Malaspina, se daban todos los parabienes a una expedición pareja en muchos aspectos, pero muy distinta en su contexto y en sus objetivos de fondo. No deja, en todo caso, de ser curioso, ya que la situación de partida era para la metrópoli mucho más precaria ahora que cuando Malaspina se hiciera a la mar. Mientras Malaspina regresa con unos datos y análisis increíbles, que los historiadores no han tenido a bien abordar aún, sobre las reformas a llevar a cabo en los distintos virreinos americanos, tanto en lo militar, como en lo político y lo social, con vistas a reencauzar la insoslayable crítica situación de las colonias americanas, Humboldt viene con la propuesta de reinsertar pura y simplemente la historia en el decurso de la naturaleza –facilitando así además con ello su plácida comprensión. En este sentido, Humboldt encarna una suerte de visión de las cosas más allá de toda sospecha. Frente a unos planteamientos como los de Malaspina, que trabajaba sobre la autonomía pragmática de las partes y de los virreinos, Humboldt buscaba conjugar la armonía y la necesidad que gobiernan férreamente, contra toda apariencia, la diversidad misma de los distintos reinos naturales: mineral, vegetal, animal y humano. Humboldt se apoya en una decepción histórica, inconsciente, pero ampliamente generalizada: «la edad de oro ha terminado, y... por todas partes una triste y larga experiencia ha enseñado a todos los seres que los encantos raramente van unidos a la fuerza.» (*Viaje*). Por ello, para Humboldt, es hora de percatarse de que la armonía está ahí delante, aunque oculta en la misma naturaleza. Se trata

simplemente de saberla desentrañar y leer. Todo el sesgo cognitivo de su tecnología delata tal proyecto. La *geognosia* de los fenómenos naturales es la forma de ir acercándose al desvelamiento de este interior oculto, común a toda la naturaleza y naturalezas, que constituye a la postre la *Urform* primordial de lo real. Para ello necesita desarrollar un lenguaje geológico con el que captar y traducir recíprocamente, las identidades y movimientos de tan enorme variedad de fenómenos. Es lo que se denomina entonces *pasigrafía* –un término acuñado poco antes, en 1797, por Marmieux en su obra *Pasigraphie et Pasilalie*, por la que trataba de fundamentar una suerte de epilenguaje de los lenguajes, una empresa muy característica del siglo.

En esta última línea, los efectos del movimiento expedicionario de entonces alcanzan a la configuración y comprensión de la misma razón. A partir de la segunda mitad del XVIII, tales movimientos son la expresión de toda una nueva estética del poder y del conocer, que lenta e imperceptiblemente van sacando de su solipsismo a la tan cacareada razón, mostrando curiosamente todo lo que tras de sí arrastra de exterioridad y de dandysmo. Se invierte suprepticamente la pirámide visual con la que tradicionalmente había sido representada gráficamente. La imagen de la percepción, operativizada por la escolástica medieval a través de las *species*, y luego, más modernamente, de las categorías, regresa a su fundamentación primigenia, anterior a ambas, por la que la fuerza visual es la que va en el acto de la percepción al encuentro de las cosas. El resultado es que de hecho la razón queda relegada a una suerte de permanente más allá regulativo –en la línea de lo postulado por el viejo averroísmo. Kant quedaba así de hecho prematuramente acabado, a pesar de los esfuerzos del pulmón artificial de la Academia por hacerlo subsistir. La razón necesitaba de la estética como el navegante de una cartografía. No es ya la razón carismática de la Ilustración, sino su pragmática como cartografía lo que se promociona, a imagen de aquella cartografía del cerebro, tan divulgada en la antigüedad medieval y renacentista, por la que se compartimentaban y conectaban sus diversas funciones cognitivas. Algo, curiosamente, mucho más acorde con la contemporánea noción del cerebro, que con la *res cogitans*, inespacial, y absurdamente puntual, que inaugura un atribulado Descartes, atrapado entre cierta sorna hacia su geometrismo por parte de la princesa Isabel de Bohemia, y las homilías fulminadoras de los sentidos de un Senault, sacerdote del Oratorio, aunque consolado históricamente con la perseverancia del fiel Spinoza, el reverso de un Sancho, revuelto contra el *savoir vivre* de sus congéneres sefardíes holandeses. Con Humboldt, lo  *sintético* recuperaba su posición por delante de lo *a priori*. «Todo lo que requiere de la precisión